Disney

Anna & Elsa 3

Una cálida bienvenida

Disney

Anna & Elsa

Una cálida bienvenida

Textos de Erica David
Ilustraciones de Bill Robinson,
Manuela Razzi, Francesco
Legramandi y Gabriella Matta

© 2017 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de esta edición: Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: enero de 2017
ISBN: 978-84-9951-869-5
Depósito legal: B. 22.934-2016
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Era un hermoso día de invierno en Arendelle y la reina Elsa se dirigía de regreso al castillo a lomos de su caballo. Apenas había terminado una larga jornada en la que había llevado provisiones y regalos a los ciudadanos del reino: una caja de sierras y pinzas nuevas a los recolectores de hielo, edredones

y sopa caliente a los muchachos que trabajaban en los establos, y libros a los niños que iban a la escuela.

Elsa sonrió: le encantaba ayudar a la gente. De pronto, una bola de nieve pasó volando justo por encima de su cabeza.

—¡¿Hay alguien ahí?! —gritó Elsa.

Bajó de su caballo y se volvió para descubrir al culpable, pero no vio a nadie alrededor. Entonces unos arbustos cerca de ella se empezaron a mover. Era Olaf, el muñeco de nieve al que había dado vida.

—¡Perdón, Elsa! —exclamó Olaf dejando escapar una risita—. Es que Sven y yo estamos en plena batalla de bolas de nieve.

—No te preocupes, Olaf —dijo Elsa riendo, mientras se sacudía un poco de nieve del cabello. No se molestó en preguntar cómo era posible que un reno lanzara bolas de nieve.

Sven se asomó desde detrás de un árbol y resopló, contento. Elsa se alegró mucho de haberse acordado de llevar zanahorias, pues eran el alimento favorito del reno. Sacó una de su bolsa y se la acercó para que la mordiera. Sven se frotó su hocico contra ella para mostrarle su felicidad.

—Qué hermoso es Arendelle, ¿verdad, Elsa? —comentó Olaf, abriendo sus brazos cuanto pudo—. Me encantan las batallas de bolas de nieve, jugar con Sven y deslizarme en trineo.

Elsa levantó la mirada y vio como las ramas de los árboles, cubiertas de nieve, brillaban a la luz del sol, y oyó como entrechocaban los carámbanos de hielo mecidos por el viento. Era cierto: Arendelle estaba precioso en esa época del año.

—Aunque es demasiado blanco —continuó Olaf—, y frío. Brrr. Por eso prefiero el verano. Oh, ¿no sería hermoso viajar a la Tierra del Verano? ¡Conoceríamos a la reina del verano, con su magia tropical!

Elsa se limitó a reírse de la ocurrencia de Olaf.

—Magia tropical —comentó, asintiendo con la cabeza—. Ya lo creo: estaría pero que muy bien.

—No, en serio —dijo Olaf—. He ido a visitar a los recolectores de hielo, ¡todos hablaban del reino de Eldora, donde siempre es verano!

Elsa estaba confusa: conocía todos los reinos vecinos, pero nunca había oído hablar del reino de Eldora.

—¿En serio? —preguntó.

—¡Sí! —respondió Olaf, feliz—. ¡La reina de Eldora puede controlar el fuego y el calor! ¡Como tú controlas el hielo y la nieve!

Elsa sintió curiosidad, pues no había conocido a ninguna otra persona con poderes mágicos. Le gustó la idea de que hubiera alguien más como ella en el mundo.

—¿Te imaginas? —se preguntó Olaf en voz alta—. Oh, con lo que yo disfruto con el verano, y el sol, y todo lo calentito y...

—Olaf... —lo interrumpió Elsa—. ¿Estás seguro de que siempre es verano en Eldora?

—¿No es maravilloso? —respondió Olaf, asintiendo con la cabeza.

Elsa se mostró de acuerdo; luego volvió a montar en su caballo, ya que tenía asuntos reales que atender. Pero, mientras surcaba los montículos de nieve, no pudo evitar pensar en Eldora. ¿De verdad existía una Tierra del Verano? ¿Tendría su reina auténticos poderes mágicos? Elsa estaba tan distraída que casi atropelló a Fritz, el dueño de la posada, que estaba cargando madera en un gran trineo.

—¡Lo siento, Fritz! —dijo Elsa desde su caballo—. No te he visto.

—No se preocupe, Alteza —contestó Fritz haciendo una reverencia—. ¿Cómo se encuentra en esta hermosa tarde?

—Fritz... —comenzó Elsa—. ¿Has oído hablar alguna vez del reino de Eldora?

—Desde luego, Alteza —dijo Fritz—. La semana pasada se hospedó en la posada un comerciante extranjero que regresaba de Eldora. Dijo que es uno de los lugares más cálidos del mundo.

Elsa sintió que la emoción la embargaba. Por lo visto, Olaf tenía razón.

—Entonces —dijo a Fritz—, ¿todavía era verano en Eldora cuando el comerciante pasó de visita?

—Alteza —respondió Fritz amablemente—, me parece que en Eldora siempre es verano.

Elsa recordó la vez en que, sin que-

rer, desencadenó un invierno eterno en Arendelle. No fue su intención que el verano se congelara, ni huir a la Montaña del Norte. Y, por supuesto, tampoco pretendió rechazar a su hermana Anna. Pero alejarse de todo fue la única manera de ser ella misma y, al mismo tiempo, mantener a salvo a los demás. En esa época aún no había aprendido a controlar sus poderes.

De repente, pensó: «¿Y si la reina del verano aún no sabe controlar sus poderes?». ¿Qué otra explicación podía haber para un verano eterno?

Aunque no tenía muy claro lo que tenía que hacer, Elsa sabía que necesitaba un poco de ayuda.

—¡Hasta luego, Fritz! —se despidió, antes de montar de nuevo en su caballo y galopar a toda prisa hasta el castillo.

Elsa encontró a Anna en su dormitorio, admirando el retrato de una mujer con una reluciente armadura.

—¡Oh, Elsa! —exclamó Anna con una gran sonrisa en cuanto vio a su hermana—. Me alegro de que hayas llegado. He mandado traer este retrato a mi cuarto. ¿Te gusta?

—¡Anna! —la interrumpió Elsa—. ¡No vas a creer lo que me ha contado Olaf! —Enseguida explicó a su hermana todo lo que sabía sobre la reina del verano y su magia tropical.

—¡Increíble! —exclamó Anna cuan-

do Elsa hubo terminado—. Es como cuando tú desencadenaste un invierno eterno en Arendelle.

—Exacto —asintió Elsa—. Creo que debemos mandar a un emisario real para que nos traiga más información. ¿Qué te parece?

—Mmm... —respondió Anna un poco decepcionada—. Pensé que ibas a proponer que fuéramos nosotras.

Elsa se sorprendió: ni siquiera se le había ocurrido viajar a Eldora. Al fin y al cabo, debía atender a sus súbditos y administrar el reino. No podía abandonarlo todo.

Anna se acercó a Elsa y le tomó la mano.

—Si la reina del verano no sabe controlar sus poderes, tú eres la única que puede ayudarla.

—Tal vez —dijo Elsa, poco convencida—. Pero no sé dónde se encuentra Eldora. ¿Cómo llegaremos allí?

Anna recorrió el dormitorio a grandes zancadas, pensativa.

—¡Ya lo tengo! —exclamó de repente—. ¡Vamos!

Anna tomó a Elsa de la mano y la condujo a la biblioteca. Allí rebuscó entre la colección de libros de su padre hasta encontrar lo que estaba buscando: un atlas.

Aquel atlas contenía los mapas de todos los reinos vecinos. Hojeó sus páginas rápidamente.

—¡Aquí está! —gritó.

Elsa echó un vistazo a aquel mapa viejo y raído. Después de localizar Arendelle, trazó con el dedo el camino hacia Eldora. Iba a ser un viaje muy largo.

A veces ser reina significaba tener que tomar decisiones difíciles. Elsa se dejó caer en el viejo sillón de su padre y suspiró.

—Oh, Elsa —dijo Anna—. Tenemos que ayudar a la reina del verano. Imagina lo distinto que sería todo si tú no tuvieras a nadie a tu lado.

Elsa se paró a pensarlo. Sabía lo afortunada que era por contar con su hermana, pues ésta la ayudaba a tomar las decisiones importantes. Se preguntó

si la reina del verano también tendría alguna hermana o si gobernaba Eldora ella sola.

—Tengo que hablarlo con Kai —dijo Elsa al fin—. Necesito asegurarme de que los ministros se encargarán de todo cuando yo no esté.

Mandó llamar a Kai, el mayordomo real, y le explicó lo que se disponía a hacer.

—Los ministros y yo estaremos encantados de atender a los súbditos en su ausencia —dijo Kai.

Anna abrió los ojos de par en par, ilusionada.

—¿Qué contestas, Elsa?

—Me gusta ayudar a las personas —respondió ésta en voz baja.

—¡Por supuesto que sí! Por eso eres una reina tan maravillosa —asintió Anna—. Además, juntas somos capaces de hacer cualquier cosa.

Elsa sonrió: sabía que Anna tenía razón.

—¡Kai, prepara el barco! —ordenó Elsa—. ¡Vamos a salvar Eldora y a ayudar a la reina del verano!

—Ahora mismo, Majestad —dijo Kai haciendo una reverencia.

Anna dejó escapar un pequeño grito de felicidad.

Todo Arendelle dedicó aquellos días a preparar el viaje de Anna y Elsa. Los sirvientes ayudaron a las hermanas con el equipaje y los ciudadanos les ofrecieron

obsequios como pan, carne y pasteles. Justo cuando Anna y Elsa ya iban a salir hacia los muelles, Olaf apareció en el dormitorio de la reina.

—¿Puedo ir yo también? —les pidió—. ¡Es que me encanta el verano!

—Claro que sí, Olaf —respondió Elsa, acariciándole la cabeza mientras Anna se reía—. Tú también puedes venir.